

El narcisismo en la obra de Freud¹

Luis Sales

Resumen

En este trabajo el autor propone una lectura histórica e intertextual de la obra de Freud y, más concretamente, en lo concerniente al tema del narcisismo. Se trata de buscar qué motivos llevaron a la elaboración y posterior introducción del concepto de narcisismo, así como de pasar una rápida revista a las tan numerosas como importantes consecuencias que para el devenir del psicoanálisis tuvo dicho giro teórico.

Es una satisfacción para mí haber sido invitado por la Asociación Española de Historia del Psicoanálisis a participar en esta mesa de debate sobre el tema del narcisismo. Como estoy aquí en calidad de representante de la llamada *corriente freudiana* quisiera dedicar unas breves palabras iniciales a aclarar mi posición al respecto. Tengo el convencimiento de que la obra de Sigmund Freud representa aún, hoy en día, un cuerpo teórico vivo, en el sentido de que mantiene un envidiable grado de actualidad y vigencia. Es verdad, no obstante, que dicha obra ha conocido desarrollos posteriores que a su vez han conducido a la constitución de las grandes escuelas del psicoanálisis: fundamentalmente la kleiniana y la lacaniana. Sabemos que tanto Melanie Klein como —no digamos— Lacan, a pesar de sus diferencias, se reivindicaron como seguidores de Freud, y lo mismo han hecho otras grandes figuras de la historia del psicoanálisis que brillan con luz propia, tales como Bion o Winnicott. ¿Qué sentido tendría entonces contraponer a las corrientes kleiniana o lacaniana lo que sería una *corriente freudiana*? ¿Puro afán de buscar una ortodoxia historicista? ¿Simple recordatorio histórico o referencia de cortesía a la primitiva aportación del fundador, ya claramente superada por la obra de sus continuadores? Como decía Rubén Zukerfeld hace unas semanas aquí en Barcelona, Freud debe ser para nosotros un autor de *referencia*, no de *reverencia*; pero lo mismo se podría decir de Klein, Lacan o Winnicott. Para mí leer hoy en día —o más

bien, releer— a los clásicos del psicoanálisis, a Freud en este caso, equivale a una tarea de cuestionamiento y de apertura de interrogantes desde lo que se ha producido posteriormente, en una suerte de *après coup* permanente. Bien pensado, no podría ser de otra manera. Es obvio que me estoy refiriendo a un ejercicio de reelaboración continua de unos textos que, puestos a trabajar de esta manera (como le gusta decir a Jean Laplanche), se nos revelan siempre frescos y sorprendentemente renovados.

Aclarada así mi postura, vamos ya a reflexionar acerca del narcisismo en Freud. Tal como he propuesto en un trabajo anterior (Sales, 2001), la *Introducción del narcisismo* marca un antes y un después, una especie de gran revolución en la obra de Freud; me refiero no tanto al concepto de *narcisismo*, el cual circulaba ya en la teoría al menos desde 1909, como a su «introducción» oficial a través de la obra de 1914. Hay algo que resalta mucho cuando leemos las citas previas al 14 en las que Freud menciona el concepto de narcisismo: en una nota de *Tres ensayos* escrita en 1910, en *Leonardo* del mismo año, en *Schreber* de 1911 y finalmente en *Tótem y tabú*, de 1913; en todas ellas se trata de un concepto evolutivo muy concreto, un punto de fijación determinado dentro de la teoría de la libido para explicar o bien la homosexualidad, o bien la psicosis; es decir, casi un concepto psicogenético. En cambio, la *Introducción del narcisismo* de 1914 es una obra que va mucho más allá. Inmediatamente se advierte que el autor está introduciendo una infinidad de temas nuevos, casi todos innovadores y de un alcance muy superior al mero concepto de narcisismo tal como ya lo conocíamos; vemos a Freud abrir puertas insospechadas y poner en cuestión equilibrios hasta entonces sacrosantos de la teoría; en definitiva, le vemos saltar el «muro» de lo inanalizable del que nos hablará unos años después en las *Conferencias de introducción*.

¿Qué llevó entonces a Freud en 1914 a introducir el narcisismo? Dicho muy brevemente:

1. Preocupación por *nuevas patologías*: En aquel momento, las psicosis (la esquizofrenia de Bleuler, la paranoia, la melancolía), las perversiones, las neurosis actuales (hoy tendríamos que añadir la patología *borderline*, la psicósomática, etc.); es decir, todo aquel sector de la patología que siempre declaró que estaba por fuera de los límites de lo analizable.
2. Algo que podríamos llamar *el narcisismo de la vida cotidiana*. Freud dice que el narcisismo vendría a ser «el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación». Y para ilustrar esto menciona toda una serie de fenómenos tales como la autoestima, la conducta que adoptamos en la enfermedad, en el dolor, el fenómeno del enamoramiento, el acto de dormir y el duelo. Se trata de una serie de situaciones normales, cotidianas, pero que pueden ser el modelo de ciertas patologías.
3. Problemas de técnica derivados de la inevitable desilusión generada en Freud por los fracasos cosechados por el tratamiento psicoanalítico, desde Dora hasta, sobre todo, El hombre de los Lobos (cuyo análisis había terminado, recordémoslo, en 1914). Y es que de ese mismo año es también *Recordar, repetir y reelaborar*, donde encontramos la primera formulación de un concepto que será clave en la evolución posterior del pensamiento freudiano, cual es la compulsión de repetición. Así las cosas, parece claro que fueron los fenómenos de la repetición y de la resistencia en la transferencia los que llevaron a Freud a toparse con el yo y, por tanto, con el narcisismo.

Y bien, si queremos calibrar el impacto de la introducción del narcisismo en la obra de Freud, es preciso contemplar ésta en su conjunto, como un todo coherente e interconectado. Para ello resulta de gran utilidad acudir a una propuesta que hizo Norberto Marucco en 1998, en la que discierne cuatro grandes introducciones al corpus freudiano: 1ª, La introducción de los sueños (1900); 2ª, la introducción del narcisismo (1914); 3ª, la introducción de la pulsión de muerte y la segunda tópica (1920) y 4ª, la introducción del fetichismo y la desmentida (1927).

La introducción de los sueños nos presenta un modelo de análisis que durante muchos años ha permanecido hegemónico incluso en la literatura del posfreudismo, de manera que durante una época era efectivamente como si todo el psicoanálisis se agotara en él. Se trata de un modelo —conocido

posteriormente como primera tópica— que tiene su fundamento en la representación, su defensa en la represión y su herramienta en la interpretación; con un inconsciente equivalente a lo reprimido, que se manifiesta a través de ciertas formaciones (sueño, lapsus, síntoma), expresión a su vez de un deseo, correlato inseparable de un fantasma. Modelo que mantiene toda su vigencia en el campo de las psiconeurosis.

Pero he aquí que la introducción del narcisismo nos aboca, como dice el propio Marucco, a «otro psicoanálisis». Nos introduce bruscamente la problemática del yo en la teoría y en la clínica. Freud lo anuncia con toda claridad y solemnidad al comienzo de la segunda parte del artículo; dice más o menos: hasta ahora el psicoanálisis se ha centrado solamente en el estudio de las neurosis de transferencia, y de ahí el acento en la teoría sexual; en lo sucesivo se ocupará también de otras afecciones como las psicosis y las perversiones, cuyo estudio habrá de arrojar luz sobre el yo, sobre la psicología del yo. Se trata, en síntesis, de los dos polos del conflicto: yo —sexualidad. Hasta ahora habíamos visto la sexualidad, la teoría de la libido, ahora nos vamos a centrar en «la psicología del yo». Lo que Freud llama aquí «la psicología del yo», término que más adelante sustituirá por *análisis del yo* (recordemos *Psicología de las masas y análisis del yo*), anuncia muy claramente un giro en su investigación que se va a prolongar hasta el final de su vida. Dicho en pocas palabras, el yo es destronado del estatuto de representante de la censura que había ostentado en la primera tópica, deja de ser instancia de interdicción de la sexualidad y pasa a estar investido libidinalmente, a ser objeto de amor para la propia libido. El conflicto ya no está planteado entre yo y libido, sino que pasa a ser concebido como un equilibrio distributivo entre libido yoica y libido objetal. También se cuestiona su función adaptativa y su función de autoconservación, sobre todo en situaciones patológicas como la megalomanía y la melancolía. En definitiva, como leeremos más tarde en *El yo y el ello* (Freud, 1923), el yo pasa a ser considerado como un «ser fronterizo», sometido a múltiples vasallajes, que acabará escindido en diferentes corrientes. Y es que cuando Freud habla de «psicología del yo», hay que entender que se está refiriendo más bien a una «psicopatología del yo». En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, por ejemplo, dice: «Los he llevado al campo en el cual cabe esperar que el trabajo analítico haga sus próximos progresos [...] La psicología del yo a que aspiramos [...] ha de basarse [...] en el análisis de las perturbaciones y

desorganizaciones del yo» (Freud, 1916-17, p. 384). Evidentemente, toda esta nueva perspectiva hace saltar por los aires una concepción de la neurosis y de la propia cura, apoyadas en un yo fiable. «Situación imprevista», dice Freud nuevamente en *El yo y el ello*, cuando constata con preocupación que el yo no es trigo limpio, y que por tanto no es posible establecer con él una alianza para el análisis, lo que reconocerá amargamente, años después, en un famoso pasaje de *Análisis terminable e interminable*: «El yo, para que podamos concertar con él un pacto así, tiene que ser un yo normal. Pero ese yo normal, como la normalidad en general, es una ficción ideal. El yo anormal, inutilizable para nuestros propósitos, no es por desdicha una ficción. Cada persona normal lo es sólo en promedio, su yo se aproxima al del psicótico en esta o aquella pieza, en grado mayor o menor» (Freud, 1937, p.237). Es evidente que esta referencia inaugural a lo que algunos autores posteriores llamarán la «parte psicótica» del yo entra dentro del conjunto de fenómenos que le llevaron a escribir *Introducción del narcisismo* y a dirigir su atención a la «psicología del yo». Como señala André Green (1990), demuestra bien claramente un cambio de concepción de Freud respecto de la patología, según el cual, en la primera tópica la neurosis era concebida como el negativo de la perversión, mientras que en la segunda —y en general en la actualidad, para muchas escuelas— pasará a ser el negativo de la psicosis. Tenemos aquí el germen de muchos desarrollos actuales sobre la patología *borderline*.

Quien habla del yo, habla de objeto *total* y de la relación entre ambos, la *relación de objeto*. Freud no utilizó esta expresión que se ha hecho indispensable y habitual en el posfreudismo, pero sí que habló de *elección* de objeto. Advertimos que el narcisismo revolucionó y amplió el concepto de objeto. De ser el objeto *de la pulsión*, que había sido para la primera tópica, pasará a ser objeto en relación al yo y, por consiguiente, objeto *de identificación* para el yo. A partir de esto, aún admitirá una nueva dimensión como *objeto interno*, matriz de las instancias de la segunda tópica.

Llegados a este punto, el centrar toda la teoría en torno al objeto y su relación con el yo, la relación de objeto, implicaba indefectiblemente una serie de consecuencias que se tradujeron en diversas líneas teóricas que Freud prosiguió hasta el final de su vida, y cuya investigación ulterior nos dejó en herencia.

La primera consecuencia la encontramos ya en *Duelo y melancolía* (Freud, 1917e [1915]), donde

aparece todo el tema de la pérdida de objeto y con ella el duelo y sus vicisitudes. Como no podía ser de otra manera, el tema de la pérdida del objeto amado (concebida como una herida narcisista, como un trauma) se generalizó inmediatamente en la teoría, lo que llevó a Freud a comprender que el trabajo de duelo, el trabajo de elaboración que dicha pérdida comporta, constituye una experiencia universal e insoslayable para la estructuración del psiquismo y el advenimiento de la subjetividad. Y esta nueva perspectiva, asumida prácticamente por todas las escuelas desde Klein hasta Lacan, ha venido a revolucionar completamente el modo de concebir la teoría y la clínica en psicoanálisis.

La segunda consecuencia la tenemos en *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* (Freud, 1917d [1915]), donde aparece el concepto de *narcisismo primario absoluto*; una concepción del narcisismo diferente a la que había desarrollado hasta entonces, y que, entre otras cosas, le permite a Freud anticipar lo que será la introducción de la pulsión de muerte y las relaciones entre ésta y el narcisismo; es decir, lo que se ha llamado el narcisismo tanático, el narcisismo de muerte de Green (1983). El narcisismo primario absoluto, en el sentido en que Freud lo introduce en *Complemento metapsicológico*, es sinónimo de principio de inercia, desinvestidura, desobjetualización, tendencia al cero; en suma, de pulsión de muerte. Esta regresión narcisista tanática —leemos en el texto— sólo puede ser frenada por la necesidad orgánica de la autoconservación y por el deseo inconsciente reprimido, es decir, por lo que unos años después denominará Eros. Pero sabemos que este delicado equilibrio se rompe muy fácilmente, como vemos en la clínica en tantos casos de patologías fronterizas, estados psicósomáticos, depresiones abúlicas, cuadros adictivos, tendencias traumatofílicas, etc.; estados todos que tienen como común denominador la dificultad del aparato para expresar deseos.

La tercera consecuencia, muy vinculada a la anterior, es el replotamiento de la teoría traumática, ahora concebida como herida narcisista. Este tema comienza a ser tratado como tal en *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920), pero Freud no lo abandonará ya hasta el final de su vida; sin embargo, tiene su texto referencial en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926), donde asistimos a una redefinición de la angustia, en relación justamente con la vivencia de peligro de pérdida de objeto. Hay una circunstancia constitutivamente traumática para el ser humano que es la situación de desamparo. El desamparo del recién nacido, en efecto, es una

vivencia de auténtico peligro vital, porque una *necesidad* puede presentarse y no ser atendida, si no está disponible el objeto. En la base de la vivencia de desamparo está el factor de inmadurez congénita del recién nacido humano. «Ello refuerza—dice Freud— el influjo del mundo exterior real [...], eleva la significatividad de los peligros del mundo exterior e incrementa enormemente el valor del único objeto que puede proteger de estos peligros y sustituir la vida intrauterina perdida. Así, este factor biológico produce la primera situación de peligro y crea la necesidad de ser amado, de la que el hombre no se librará jamás» (Freud, 1926, p.145). Tenemos así definida, pues, la angustia de separación como contrapuesta a la de castración, y con ello el germen de los desarrollos actuales sobre trauma temprano.

Cuarta consecuencia. Es justamente esta recuperación creciente del elemento traumático lo que condujo a Freud a consolidar la desmentida como mecanismo de defensa ante una realidad traumática. La desmentida o renegación, la *Verleugnung*, es introducida por Freud oficialmente en 1927, en el artículo dedicado al fetichismo, pero en realidad ya había aparecido en sus textos al menos desde *Lo siniestro* (Freud, 1919h). Es un mecanismo de defensa primitivo, que trata de preservar el yo ideal, el yo-placer purificado ante ciertas percepciones traumáticas. ¿Cuáles? La más fundamental y conocida es la de la castración, la diferencia de los sexos, pero también hay otras realidades traumáticas que pueden ser objeto de desmentida, tales como la muerte o la pérdida del ideal paterno. La desmentida es un mecanismo de defensa que cuando se instaura ocasiona inevitablemente una escisión del yo. Una parte del yo desmiente y preserva el yo ideal, el yo de placer, mientras la otra acepta la realidad. Esta forma de funcionamiento, dice Freud, le permite al yo ahorrarse represiones. Por lo tanto la desmentida se articula con la escisión del yo. Aunque este artículo sobre la escisión del yo es de redacción muy tardía (1938), sabemos que la idea de un yo escindido había comenzado a gestarse en los mismos años que el narcisismo, y concretamente a partir de la temática del doble. En este sentido, un texto aparentemente menor, como *Lo ominoso*, reviste una importancia esencial a la hora de aclarar el encadenamiento de ideas en Freud. Este apartado, cuyo desarrollo nos llevaría

demasiado tiempo, nos conduce directamente, por un lado, a la cuarta de las «introducciones» de Marucco antes mencionada, y por otro, a todos los desarrollos que Zukerfeld (1992 y 1999) y otros están haciendo en la actualidad sobre el concepto de tercera tópica.

Luis Sales Alloza

Avda. de Xile, 38, 11º, 4ª

08028 Barcelona

e-mail: luissales@ols.es

Nota

1. Esta ponencia es el resumen de un artículo más amplio que, con el título de «La introducción del narcisismo y sus consecuencias», se publicó en esta misma revista, nº 6, mayo 2001.

Bibliografía

- FREUD, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. En Obras Completas (O.C.) vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores (AE). 1980.
- (1916-17 [1915-17]). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En O.C., vol. XV-XVI.
- (1917d [1915]). *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*. En O.C., vol. XIV.
- (1917e [1915]). *Duelo y melancolía*. En O.C., vol. XIV.
- (1919h) *Lo ominoso*. En O.C., vol. XVII.
- (1920) *Más allá del principio de placer*. En O.C., vol. XVIII.
- (1926) *Inhibición, síntoma y angustia*. En O.C., vol. XX.
- (1937) *Análisis terminable e interminable*. En O.C., vol. XXIII.
- GREEN, A. (1983) *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1983.
- (1990) *Locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1990.
- MARUCCO, N. (1998). *Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1999.
- SALES, L. (2001). «La introducción del narcisismo y sus consecuencias». Revista *Intercambios, papers de psicoanàlisi*, 2001.
- ZUKERFELD, R. (1992) *Acto bulímico, cuerpo y tercera tópica*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- (1999). *Psicoanálisis, tercera tópica y vulnerabilidad somática*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 1999.